

Le dije que exageraba. Que yo nunca... Me había pedido irme atrás y al cabo de unos cuantos días venía que le había un libro de suma importancia para él, y ahora — quiere en realidad decir entonces, cuando nos encontramos y estamos hablando del asunto —, una vez hecho el favor, me reprochaba no sé qué detalles y me culpaba de haber traidorado nuestra amistad.

Entonces fue cuando le respondí exageras, y él con muy malos modos replicó no exagero en absoluto.

— Claro que sí. Lo que pasa es que cada cual recuerda las cosas como le conviene.

— Me convenes; me repites algún tipo de felicidad o bienestar y recordabas como fueras?

— ¿Cómo fueras?

— La sabes perfectamente.

— Eso es verdad; con tanta claridad que te curato si quieres, punto por punto y palabra por palabra, qué pasó y de qué hablamos.

Y como se quedó callado mirando el cenicero con gesto hondo, él por hecho que quería y empezó a hablar, desde el principio; desde el principio aunque —

entendiendo que había supuesto igual que yo que se trataba ya temas comunes de que había después de tanto tiempo sus limitaciones a cosas algunas esas

bucacas en aquella acera abarrotada de la Carrera de San Jerónimo y a seguir cada cual su camino — me saltó el sudor y un par de lividuras referentes al tiempo, por cierto, muy lindas.

— Tampoco te costará — dije —, puesto que tú mismo podrás recordar un cenicero lleno de cenizas y dos paquetes de tabaco varios iguales que está —, que nos habíamos equivocado los dos y que nuestra conversación fue bastante más larga.

— Quizá animado al costado que, al cabo de un rato recibiendo empujones de los que caminando con prismas y paraguas abríamos profundos impresos o algún arco

perdida dedicándonos miradas horribles, ahí estábamos: sentados a una mesa de un Café de Shuy y deplorado, con perfecta naturalidad, como cuando éramos amigos

Versaciones de un chupaplumas

“Te dije”, le dije



— Y te conté también — proseguí, “pero de qué servirá que yo abunde en detalles¹ si tú estás del todo decidido a en modo alguno recordar”; añadí en tono quejumbroso — cómo aquella misma noche, terriblemente asustado pero con una ilusión indescriptible, puse manos a la obra de leer cuidadosamente el manuscrito para, a la mañana siguiente, descansado y con la mente despejada, estar en posesión de toda mi poca o mucha capacidad de discernimiento para, allí, en la beatífica paz de mi despacho y sin nada que me pudiera distraer excepto el subir y bajar de algo parecido a un gigantesco sacacorchos (que accionaba con enorme destreza un operario desde la cabina de una de esas sofisticadas máquinas que se utilizan en la construcción)² que producía un sonido acompasado y ronroneante al otro lado de la ventana, saber separar el grano de la paja, lo esencial de lo accesorio, lo ocasional de lo imperecedero, lo trascendente de lo efímero, lo...

— Ya — “tú, cortante”, le dije.

— “Ya”, sí, yo — admitió —; dije “ya” pero no un “ya” tan cortante como el que tú describes ni en el tono despectivo o enojado en que tú te empeñaste en percibirlo interpretándolo como de descreimiento por mi parte o como si estuviera yo queriendo dar a entender que no estabas diciendo la verd...

— Ya — yo, quitándole la palabra temeroso de que, como antaño, me quisiera liar — ¿Debía entender por

¹ Formulé sin poder precisar — no ya ahora recordando sino entonces, sobre la marcha y en el lugar de los hechos — si la pregunta la estaba dirigiendo a él o a mí mismo en una especie de soliloquio que nunca pretendí se asemejara, ni aun de lejos, al de Segismundo o al de Hamlet.

² Que lo mismo resultaba una menudencia sin utilidad ninguna; pero como todavía ignoraba cuáles iban a ser mi género o mi estilo me pareció bueno reservarlos (la máquina y el hombre) para el caso de que fuera a dar con mis huesos en la novela realista, en la que creo que se emplean mucho este tipo de complementos.

“Te dije”, le dije

tanto³ y yendo directamente al meollo de la cuestión que lo que estabas queriendo decirme era que bastaba ya de meter paja enumerando la larga serie de elementos, cualidades y conceptos de entre los que debería yo tomar la decisión de cuáles desechar y cuáles conservar en función de qué carácter, qué entorno, qué pasado o qué futuro yo eligiese como idóneos para sacar adelante un personaje tan apenas bosquejado, aunque tan lleno de posibilidades, desde luego, como era el que tú terminabas de entregarme y que lo que debía hacer era ponerme, sin más dilaciones, manos a la obra de simplemente crear?

- ¿Eso me preguntaste? — preguntó.

- Eso, sí señor, te pregunté — respondí.

- ¿Y qué te contesté? — Él.

- Me contestaste — le contesté — que te repitiese la pregunta.

- ¡Pues muy mal contestado! — Él.

- No está mal contestado — yo, que a veces me pregunto si no padeceré algún tipo de afección, esa especie de síndrome que lo hace a uno ponerse de parte, meterse en la piel, del adversario —; es lo mismo que habría contestado yo ante una pregunta semejante.

- Pero es que tú y yo, métetelo en la cabeza, se supone que somos personas afines, sí, afines en cierto modo o de lo contrario no habría yo confiado en ti para rogarte que me hicieras el favor de suplantarme ni osado, naturalmente, tomarme la libertad de molestarte con una petición tan comprometida y delicada que tan en riesgo podía colocar a tu lealtad; pero lo bastante diferentes como para que resulte sobradamente obvio que no ya es sólo que no vayamos a dar el mismo tipo de respuestas al

³ Inquirí, llevado de mi recién descubierto (con perplejidad, pues pensaba yo a aquellas alturas de mi vida que ya nada me podría hacer latir de curiosidad) deseo insaciable de aprender a bucear en las profundidades del alma humana por si, llegado el caso, me decantaba por la novela psicológica al estilo de Crimen y Castigo o de Rojo y negro o, bastante más corta — porque el sólo pensar en tantísimas páginas me producía picores por todo el cuerpo y unas ganas enormes de levantarme e ir a beber agua, o a regar los tiestos, o hacer cualquier cosa con tal de remolonear y demorar el enfrentarme a una tarea tan ardua —, el Túnel de Sabato.

“Te dije”, le dije

mismo tipo de preguntas sino que, más evidente aun, jamás se nos ocurrirían el mismo tipo de planteamientos, ni de preguntas, ni de nada... ¿Comprendes?

- No.

- ¿Quieres que te lo explique?

- Sí — “Te contesté; y la explicación que me diste”, le dije, “fue que la explicación que tú pudieras darme no sería, ateniéndose al planteamiento que terminabas de hacerme⁴, la que a mí me pudiera convencer”.

- Bueno — él —; eso, en buena lógica, está bien.

- Ahí — repliqué — estamos de acuerdo.

- Pues “ahí”, precisamente — *refunfuñaste* — está el problema...

Y que luego, le conté también, al cabo de un corto silencio, se me quedó mirando a través del humo del cigarro y, entornando los ojos, pronunció un dubitativo “a menos que”.

- ¿Qué? — Yo.

- “¿Qué?”, tú, sí — Él; algo irritado y haciendo un alto para protestar de que si estoy todo el rato precisando quién dijo qué y diciendo “porque tú dijiste” y “porque yo contesté” y queriendo dárselo todo bien masticadito al lector el relato se volverá muy confuso y farragoso para, acto seguido y sin pizca de acritud, proseguir —: Algo impaciente, recuerdo, un “qué” que pronunciaste con un punto de ansiedad, de vehemencia, deseoso quizás de que dijera algo más que te sacase del atolladero en que te habías metido pretendiendo que, como de la discusión sale la luz según reza un viejo proverbio, daríamos los primeros pasos discutiendo para terminar desembocando en algún camino imaginariamente despejado y sin obstáculos por el que podríamos continuar nuestra andadura departiendo en buena armonía, ¿verdad?

- Verdad — admití, en tono compungido.

⁴ Y que en consideración al propio planteamiento yo no debería haber en absoluto comprendido.

“Te dije”, le dije

– Pero no estaba siendo así, ¿no es cierto? —
También él en tono melancólico.

Esta vez me limité a cabecear con desaliento.

Apagó él entonces con resolución el cigarrillo, dispersó con un movimiento de su mano la nube de humo que nos separaba y, en tono decidido, declaró “¿qué manuscrito?”.

– “¿Qué manuscrito?” — Yo.

– “Qué manuscrito”; sí.

– ¿Es esa tu respuesta definitiva?

– Sí.

– ¿Estás seguro?

– Sí.

– ¿Del todo?

– Sí.

– ¿No quieres, entonces, que te repita la pregunta?

– ¡Que no!

» “*Dijiste. Y que cuántas veces ibas a tener que repetírmelo*”. Te recordé no sin, una vez puestos a largar, aprovechar para afearte tu conducta por, para al final terminar haciendo una pregunta tan sencilla como “¿qué manuscrito?”, no haberla hecho cuando íbamos por el primer folio y con buenas maneras en vez de cuando ya estábamos en el tercero de tres que ahora⁵ y al cabo de una discusión tan medida y tan elaborada (que ni tiempo me había dejado para el bocadillo de las once) venía a resultar que no iban a servir para nada».

– ¿Eso hiciste?

– Eso hice, sí — le respondí.

– ¿Y yo no te contesté nada?

– Oh, sí; tú me respondiste con un cinismo imperdonable que era yo quien quería desechar los folios porque “a ti — *me dijiste*, le respondí — la sola mención de Camelia te produce nauseas”, haciéndome sentir tan herido que decidí que por más que tal vez algún día hubiese de lamentar el haber actuado de forma tan

⁵ Allí en mi despacho, mirando aburrido a través de los cristales cómo el hombre accionaba sin aparente esfuerzo su enorme y complicada máquina.

“Te dije”, le dije

irracional los conservaría o, prueba, si no, de que actué de forma consecuente aun a riesgo de que las consecuencias pudieran resultarme fatales, es que aquí están, los tres, perfectamente correlativos (aunque sin numerar, eso es verdad, porque como todavía no confiaba en mis dotes y no tenía, por tanto, esperanzas de que mi incipiente obra fuese a prosperar, no había tomado la costumbre de numerar las hojas) y grapados, aun a pesar de Camelia, guardados en el cajón de arriba (a la derecha) de mi mesa escritorio que nunca he tenido, por cierto, la prevención de cerrar con llave y a riesgo — porque a veces lo pienso⁶ — de que cualquiera, (la asistente, por poner por caso, con lo fisgonas que son las asistentes, que por eso me resisto a tener una a pesar de lo bien que me vendría que alguien viniese, una vez a la semana, no más, a poner un poco de orden en esta leonera), y más ahora que empiezo a atisbar la posibilidad de hacerme un nombre, me las pueda robar y utilizarlas para suplantarme... Que qué desazón, de verdad; que ya ni sé cuántas veces me pregunto, al cabo del día, cuánto mejor no vivía yo cuando era un don nadie, sin ilusión, es verdad, pero también sin ambición ninguna, y sin expectativas de fama ni de una gloria que nada ni nadie tuviese la más mínima posibilidad de truncar ni de usurparme.ⁱ

ⁱ Anda que... [¡Vaya chapuza!](#) y vaya lío monumental que me he hecho con los tiempos, y con los lugares, y con las comillas y sus diferentes modelos y con las cursivas, y con qué yo dije y qué contestó él y hasta con — que es en resumidas cuentas lo peor de todo y lo que no tengo ni la más remota idea de cómo voy a saber

⁶ Cuando ando desazonado, por ejemplo, por cualquier cosa y me da por dar vueltas a la cabeza con ideas descabelladas que desecho, por otra parte y como prueba de mi buen sentido de la realidad (lo que me tranquiliza cuando me entra la preocupación de si me estaré volviendo loco), por lo general de inmediato.

Versaciones de un chupaplumas

“Te dije”, le dije

resolverlo — el manuscrito que, siempre por supuesto según él, no es en absoluto ni el que nos ocupa de momento ni en el que “porque no pierdas de vista que nuestros planteamientos han de ser muy distintos para que esto funcione” ha de suponer él que estoy pensando yo.